AÑO XI. — NÚM. 188 SABADELL, 28 MARZO DE 1908

EL TRABAJO

Periódico obrero bimensual * * * * * * * Redacción y Administración: Estrella, 110

Definición del sindicalismo

La palabra «sindicalismo» ha adquirido en estos últimos tiempos una significación más amplia que la indicada por la etimología.

(La traducción de la palabra *syndicalisme* es difícil. Visto que en español no existe «sindicalismo», y «sindicato» y «síndico» tienen sólo acepciones burguesas, y las palabras «societarismo», «sociedad» y «societario» (análoga á «sindicalista») no tienen la misma extensión que aquéllas, adoptamos las palabras francesas españolizadas con sus mismas acepciones, ya que, según vemos en el *Dictionnaire Larousse*, nuestros compañeros franceses también se han excedido de la interpretación académica.)

Persiste su sentido concreto y continúa sirviendo para calificar los «partidarios de la organización sindical»; pero de aquí en adelante, aparte de esa acepción que con alguna elasticidad podría servir de etiqueta á sindicalistas «amarillos» y «rojos» (1), ha adquirido un nuevo y muy preciso sentido.

Esa palabra ha llegado á ser un término genérico que expresa «un momento» de la conciencia obrera. Con ella se denominan los trabajadores que, habiendo desechado las concepciones reconocidamente ineficaces, han adquirido la convicción de que las mejoras, parciales ó extremas, han de ser el resultado de las fuerzas y de los quereres populares. Sobre las ruinas de las esperanzas en que confiaban los hombres agrupados en rebaños, y de las creencias en el milagro sostenidas por los supersticiosos, esperanzas y creencias en la providencia etatista ó en la providencia divina, han elaborado una doctrina sana y verdaderamente humana que tiene sus raíces en observaciones é interpretaciones rectas y sinceras de los fenómenos sociales.

El «sindicalista» es evidentemente un partidario de la agrupación de los trabajadores en «sindicatos»; sólo que no concibe el Sindicato como aquellos que reducen su círculo de acción hasta el punto de no dejarle por horizonte más que la discusión ó la disputa diaria con el patrón sobre ventajas secundarias y momentáneas, sin entrar jamás en discusión sobre el fondo de la explotación obrera; tampoco concibe el Sindicato como aquellos otros que no ven en él más que una «escuela primaria del socialismo», donde se reclutan y se forman los militantes, para dedicarse luego á los esfuerzos tenidos por eficaces, la conquista de los poderes públicos, por ejemplo.

Para el «sindicalista», el Sindicato es la agrupación por excelencia, que responde á todas las necesidades, á todas las aspiraciones y, por esto mismo, es el complemento del trabajo emancipador; es la agrupación como la imaginan los «reformistas», que permite luchar al día con el burgués por las mejoras y las reivindicaciones de detalle, y es también la que ha de llevar á término la obra de expropiación capitalista y de reorganización social que los socialistas, ilusionados por su confianza en el Estado, cuentan conseguir con la toma de posesión del poder político.

Como se ve, para el «sindicalista», el Sindicato no es una asociación de circunstancia, cuya razón de ser, limitada al medio actual, no se concebiría fuera de este medio, sino que es la agrupación inicial y esencial; debe brotar espontáneamente y desarrollarse en todos los medios, y esto independientemente de toda teoría preconcebida.

En efecto, nada más normal para los explotados de una misma profesión que acercarse, entenderse y unirse para la defensa de intereses comunes é inmediatamente tangibles.

Además, suponiendo el anonadamiento de la sociedad capitalista y el planteamiento sobre sus ruinas de otra sociedad — comunista ó de otra forma, — es evidente que, aun en ese caso, en ese nuevo medio, la agrupación que se indicará como más urgente, la más indispensable, será la que ponga en contacto los hombres que se dedican á trabajos y funciones idénticos ó similares.

Así considerado, el Sindicato, — agrupación corporativa, — aparece como la célula orgánica de toda sociedad.

Actualmente, para el «sindicalista», el Sindicato es el organismo de lucha y de reivindicación de los trabajadores contra sus dominadores; en el porvenir será la base sobre la que ha de erigirse la sociedad normal, libre de toda explotación y opresión.

E. POUGET

(1) Llámanse «Sindicatos amarillos» los formados por iniciativa patronal con trabajadores sumisos y aun aduladores, que han recibido la misión de dar carácter obrero á los intereses burgueses, oponiéndose con apariencia de derecho á las reivindicaciones puramente emancipadoras de los «Sindicatos rojos», que son los que luchan resueltamente contra la explotación capitalista.

Obreros: leed todos "Solidaridad Obrera"

Falsos caritativos

De tanto en cuanto los periódicos clericales se ocupan de las cuestiones obreras y emplean para ello un tono dulzón é hipócrita que á la legua trasciende la falsedad de sus intenciones.

Los dolores del pobre, sus apuros, su hambre, su deshonra, necesitan otra cosa que lamentaciones tontas y vanos llamamientos á una caridad que no existe.

Aparte de que la caridad no es un remedio para los males sociales, no puede serlo, no lo sería aunque todos los ricos fuesen caritativos y aunque los sacerdotes fuesen sinceros; aparte también que la caridad es injusta, porque los hombres no tienen derecho á vivir de limosna, sino á vivir de su trabajo con toda dignidad; aparte todo, lo que resulta principalmente es que los ricos no tienen piedad y que los sacerdotes no hacen otra cosa que servir los intereses de los ricos en contra de los pobres.

Los ricos saben demasiado que los pobres sufren hambre, frío, desnudez, suciedad, humillaciones; lo saben tanto que con frecuencia se quejan del repugnante espectáculo y hacen leyes de policía y ornato en las poblaciones para retirar de la vía pública á los desgraciados, como retira los escombros el cuerpo de barrenderos. Los ricos saben que hay pobres y que los pobres sufren mucho; pero no quieren poner remedio, no quieren sacrificar ninguno de sus privilegios para remediar los sufrimientos de los pobres.

Y los sacerdotes, esos que predican la caridad cristiana, no se ponen al lado de los pobres para ayudarles á hacer valer sus derechos; ni siquiera levantan la voz pidiendo á los ricos que renuncien á sus privilegios de clase en beneficio del bienestar de todos. Por el contrario, pretenden constituirse en los principales sostenedores de los privilegios injustos y odiosos, apoyan á los gobiernos y á los partidos enemigos del pueblo y se distinguen por sus odios y violencias contra los que procuran la redención de los oprimidos. En una palabra; los sacerdotes aspiran á constituir una especie de policía del capitalismo, policía muy cara y que á la postre ha de resultar contraproducente, porque la odiosidad que se han ganado los clericales con su conducta inmoral y sus procedimientos despóticos recae también sobre las instituciones que los curas aparentan proteger.

Si los sacerdotes sintiesen verdaderamente la caridad cristiana, serían sencillos y benévolos, en vez de ser duros y autoritarios; al entrar en las casas de los pobres entrarían con el corazón rebosando ternura y no como amos malhumorados, ni tendrían exigencias que á veces hacen resultar muy cara la escasa limosna de algunos céntimos ó de un trozo de pan negro y seco como el corazón de los donantes.

Otras veces el hombre de iglesia no se presenta siquiera en casa del pobre. La caridad es para él un tema de conversación para enternecer á las señoras y pedirles dinero, con el cual atiende el cura á los gastos de su vida espléndida y acumula capitales y compra fincas, y los pobres se mueren de hambre esperando los beneficios de la caridad que han oído exaltar en sermones elocuentísimos.

En estos casos la caridad es algo peor que inútil y que injusta. Es una verdadera estafa que se hace á los buenos sentimientos de unos y á la necesidad de los otros. Sin perjuicio de que todavía se promuevan escándalos cuando los gobiernos que tienen algo de liberales consideran necesario desamortizar los bienes eclesiásticos por tales medios acumulados.

Para nada sirve la caridad. Nada pueden esperar de ella los menesterosos. Cuando la predica la Prensa católica, lo mismo que cuando se la recomienda desde el púlpito, no se trata sino de engañar. Es que los curas tratan de estafar al mismo tiempo á los pobres y á los ricos.

El ejército es ciego y mudo. Hiere á quien tiene delante, no importándole el lugar. Nada quiere y obra por resorte. Es una gran cosa que se mueve y que mata, pero también es una cosa que sufre.

A. DE VIGNY

No es, porque no queremos que sea

No hay cosa más grande ni es posible poder concebir espectáculo más hermoso que el que podría ofrecer una verdadera fraternidad entre los obreros. Mas, por desgracia, aun está lejos de poderse realizar y de ser verdad tanta belleza, ya que inmensa distancia nos separa á unos de otros.

El motivo y las causas de que esto suceda no he de ser yo quien precisamente las señale, ya que de hacerlo, estoy más que seguro que debido á la manera como yo aprecio estas cuestiones, algunos de mis compañeros se darían por aludidos y quedaría profundamente lastimado su amor propio. Y esto no conviene, ni es mi intención el ofender á nadie y mucho menos aun á dignos compañeros que, por el solo motivo de serlo, ya se han hecho acreedores á todos mis respetos y atenciones, á pesar de que en cuestión de política discrepemos en algunos puntos. Y he aquí, á mi entender, las causas de nuestro atraso y el fundamento de todas nuestras divisiones y luchas intestinas: la pasión política. Por lo tanto, dejemos pasar esto por alto sin tocarlo en lo más mínimo, y después de todo razone cada cual como sepa y quiera, deduciendo de ello las consecuencias que se crean más oportunas.

He dicho, pues, en un principio, que nada había más hermoso ni más excelente que el poder hacer gala de una verdadera fraternidad entre obreros. Esto es innegable y como á tal creo que en ello ya estamos todos conformes. Y si pues en ello estamos todos conformes, ¿cómo no hacer un esfuerzo común para

mejor lograrlo? Y con más razón aún cuanto que la fórmula ya no puede ser más sencilla y ni tan sólo para ello es preciso abdicar de ningún ideal, porque católicos y protestantes, republicanos y catalanistas, libertarios y socialistas pueden continuar siéndolo sin faltar ni á su conciencia ni á sus compromisos políticos ó religiosos. Sólo es preciso querer para poder. Sólo falta un poco de desinterés, algo de abnegación y una buena dosis de mutua tolerancia.

Nuestra propia fraternidad pronto, muy pronto, sería un hecho si todos los trabajadores aportáramos nuestro grano de arena para la pronta implantación del ideal societario que, pese á quien pese, es para nosotros lo más real y positivo.

Toda fracción política, toda entidad religiosa y toda agrupación científica que diera más importancia á la propia política que á la cuestión social, debería ser considerada para nosotros como entidad vana é ilusoria y retirarle inmediatamente nuestra confianza, y en su lugar aplicar todas nuestras energías y toda nuestra inteligencia única y exclusivamente á favor de las asociaciones que llenaran debidamente las condiciones que exigen nuestros fines, esto es, todo por el trabajo y para el trabajador. Esto es todo; no hay otra solución posible si es que queremos gozar en la sociedad humana de nuestros propios derechos y satisfacer lógicamente los deseos de nuestro corazón.

Y si bien se puede ser político, porque decir lo contrario sería negar la libertad, hay que tener en cuenta, ante todo, que somos obreros y que también nosotros tenemos sagrados intereses que fomentar y defender, ya que es la aberración más grande descuidar lo nuestro para cultivar bien lo ajeno. Meditad bien sobre la verdad que encierran estas palabras y encontraréis en ellas la única explicación posible del porqué de nuestro actual malestar.

En tantas ocasiones como han venido al caso se ha demostrado, hasta la saciedad, que los trabajadores somos los más y los mejores. Pues ¿por qué los menos pueden imponer su voluntad cruel y despótica sobre los más?

Esta, y no otra, es la pura verdad y la fatal lógica de la más triste realidad.

¿Qué de grande y sublime podríamos realizar con verdadera unión, con la más sincera fraternidad y de común acuerdo entre nosotros?

En este caso, el Sindicalismo aparece ante nosotros como el elemento más poderoso con que poder realizar todos nuestros fines.

¡Qué espectáculo más encantador sería para nosotros mismos el poder contar ya de antemano con un local propio, grande y espacioso, con su escuela, su periódico, su imprenta, su teatro y la más inmediata facilidad de poder establecer en el mismo varias y lucrativas industrias!

Porque en verdad, hoy por hoy, ésta es la manera más factible de poder solucionar el problema de la vida. Y ¡dichosos nosotros si supiéramos entendernos para realizar tan magna obra!

Compañeros todos: yo os conjuro á hacerlo, porque podemos, porque está en nuestras manos. Por esto he encabezado estas mal pergeñadas líneas con las palabras: «No es, porque no queremos que sea», ya que queda demostrado que únicamente falta el querer entendernos para poder labrar nuestra propia felicidad. Uno para todos y todos para uno. Lo demás podrá ser tan bonito como se quiera, pero muy poco tiene de real y positivo para nosotros.

ENIRAM

Pájaros é insectos

Un animal dichoso.—Ni obstáculos ni barreras.—Auxiliares de la agricultura.—Destructores de los insectos. —El insecto es el enemigo.

Á los ojos del hombre el pájaro se presenta como el ser dichoso por excelencia.

Vencedor de las leyes del peso, por sus propias fuerzas se transporta donde quiere, al antojo de su deseo; dotado de una incomparable actividad, va, viene, come, canta y duerme mejor que puede hacerlo el mortal más despreocupado.

Es el ser que no conoce obstáculos ni barreras; la libertad no tiene más límites para él que los del espacio infinito: la inmensidad. Entre todos los calificativos que se le dan, no le convienen propia y particularmente otros mejor que los que le llaman ligero y aéreo.

«No solamente, dice Toussenel, cada una de las partes en que están constituídos esos finos veleros del aire son maravillas de ligereza, sino que cada una está modelada, pulida, terminada al día, con una delicadeza exquisita; no solamente la organización entera de esas criaturas está hecha en vista de una preponderancia absoluta de la respiración, sino que sus mismos huesos, llenos de cavidades aéreas, están puestos en relación constante con sus pulmones, vaciándose y llenándose á su antojo, según quieran subir ó descender en la atmósfera como el pez en el agua. Hasta en sus plumas circula el aire que viene del esqueleto, y que renueva sin cesar un aparato respiratorio de capacidad prodigiosa, y hasta en sus músculos, que no contienen sino un gran número de células aéreas, verdaderas vejigas natatorias que nos recuerdan las que vemos en los peces.»

La protección á los pájaros. — «Si se me preguntara sencillamente á qué pájaros debemos proteger, dice M. Conteaux, respondería sin vacilación que, aparte de ciertas aves de rapiña, que no son sino los asesinos de los pájaros, hay que proteger sin excepción á todos. ¿Por qué? Por la única razón de que son pájaros, y que así, en conjunto, cualquiera que sea el papel de cada uno en particular, los pájaros son el adorno y el encanto de la Naturaleza.»

La maldad de los hombres, y aun más su profunda

ignorancia, les ha hecho, sin embargo, declarar la guerra á esos seres tan interesantes, á esos auxiliares gratuitos y amantes de nuestra agricultura.

Estos son, en efecto, los grandes destructores de los insectos, y no hay necesidad de ser muy avisado para saber que estos últimos son los más terribles enemigos del agricultor, al que hacen experimentar cada año pérdidas incalculables y enormes.

¿Quién no ha visto desaparecer ciertos cultivos bajo la glotona é insaciable mandíbula de miriadas de larvas de toda clase y edad?

Hay que confesar también que la ciencia es impotente muchas veces ante las plagas que atacan de esta manera á nuestras cosechas.

Felicísimamente, la Naturaleza, sin duda con el fin de mantener el equilibrio en las leyes de armonía universal, ha colocado al lado de los malhechores insectos, que pululan á lo infinito, numerosos pájaros insectívoros, que no parecen tener otra razón de existencia que la caza de los parásitos que invaden nuestros campos.

Obreros hábiles, saben descubrir en las cortezas, entre el musgo y bajo las hojas, los huevos y las larvas de los insectos, á los que hacen una guerra implacable.

No es, pues, ilusorio el papel que juegan los insectos frente á frente de toda la humanidad, y precisa concederles toda la atención que merecen.

Nuestros enemigos, los insectos. — El insecto es el enemigo, un enemigo insaciable, invisible á veces, y esencialmente egoísta y feroz.

Entre los mamíferos pueden desenvolverse sentimientos de cariño: el perro, el caballo; otros muchos animales son susceptibles de algún apego hacia quien se interesa por su suerte; el pájaro puede ser cómodamente domesticado; los reptiles, los mismos batracios, son capaces de mostrar algún reconocimiento; sólo los insectos parecen desprovistos de toda aptitud para un sentimiento elevado, son irreconciliables.

Fuerza bárbara y ciega, el insecto no conoce otra que él mismo; es egoísta, en toda la acepción de la palabra; no ama á nadie, y no obedece más que á sus propios instintos, que, desgraciadamente, tienden siempre á la destrucción de lo que tratamos de acrecentar y conservar para nuestras necesidades diarias.

El insecto es una verdadera infatigable máquina devastadora. Si no nos defendiésemos de él, acabaría con nosotros en poquísimo tiempo, en muchísimo menos de lo que puede suponerse.

Para convencerse de ello, recuérdese que nada halla gracia ante el insecto: maderas, legumbres, frutas, carnes, vestidos, hombres, animales. Todo le parece bueno, y todo lo coge.

¿Quién atacará, ó mejor, quién será capaz de vencer un enjambre de avispas furiosas? ¿Qué cosecha puede defenderse de orugas avarientas y tragonas?

¿Hay algún agricultor que haya podido realmente defender su trigo de los gorgojos cuando estos diminutos seres invaden el granero? Creo que no.

He aquí lo que puede hacer el insecto contra nosotros, porque es un campeón de los mejores armados para la lucha extremada en la que casi siempre se juega la vida.

El problema de los insectos dañosos se relaciona de un modo íntimo con el de la protección de los pájaros, sobre el que volveremos á ocuparnos otro día.

A. MONTOUX

El millonario es un producto anormal de la civilización moderna. Su carácter distintivo es la falta de sentido moral, de humanidad y de justicia. No hay diferencia entre el multimillonario y el ladrón. La riqueza de aquél implica la ruina del prójimo. Para aislarse de semejante peste, la sociedad debe encerrar al millonario en un sitio de absoluta reclusión, como se encierra al leproso y al loco.

CÉSAR LOMBROSO

El cuervo

Detuvo su vuelo el cuervo, y dijo al ver sobre el terruño á un hombre que lo trabajaba:

— ¡Miren cómo labra Juan sus tierras!

— No soy Juan, — exclamó el hombre, levantando la cabeza; — soy el hijo de Juan, que trabaja para vivir miserablemente y pagar por segunda vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo, y más allá vió, jinete en un caballo, á un caballero.

— Vaya con Dios D. Gil, — le dijo.

— No soy D. Gil, — contestó el caballero; — soy el hijo de D. Gil, que viene á cobrar del hijo de Juan el valor de sus tierras por segunda vez.

***

Pasó mucho tiempo.

El cuervo detuvo su vuelo, y dijo al ver á un hombre que sudaba sobre el terruño:

— ¡Miren cómo trabaja el hijo de Juan sus tierras!

— No soy el hijo de Juan, — respondió el hombre, limpiándose el sudor de la frente, — sino uno de sus nietos, que trabaja para vivir miserablemente y pagar por cuarta vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo, y encontró más allá, jinete en un caballo, á un caballero.

— Vaya con Dios el hijo de D. Gil, — le dijo.

— No soy el hijo de D. Gil, — contestó el caballero, — sino su nieto, que viene á cobrar del nieto de Juan sus tierras por cuarta vez.

***

Pasó mucho tiempo.

El cuervo detuvo su vuelo y dijo, viendo á un hombre que trabajaba sobre el terruño:

— ¡Miren el nieto de Juan, cómo labra sus tierras!

— No soy el nieto de Juan, — respondió el hom-

bre, — sino uno de sus biznietos, que trabaja para vivir miserable y pagar por sexta vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo, y encontró más allá, jinete en un caballo, á un caballero.

— Vaya con Dios el nieto de D. Gil, — le dijo.

— No soy el nieto de D. Gil, — contestó el caballero, — sino su biznieto, que viene á cobrar del biznieto de Juan el valor de sus tierras por sexta vez.

***

Pasó un siglo más.

El cuervo detuvo su vuelo, y dijo viendo á un hombre que, rota la azada, lloraba cerca del terruño.

— ¿Por qué llora el biznieto de Juan?

— No soy el biznieto de Juan, — repuso el hombre; — soy uno de los nietos del biznieto de Juan, y el señor me ha arrojado del terruño que labraron mis antepasados porque no he podido pagarle por centésima vez el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo, y encontró más allá, jinete en un caballo, á un caballero.

— ¿Dónde va tan deprisa el biznieto de D. Gil? — le dijo.

— No soy el biznieto de D. Gil, — contestó el caballero; — soy un nieto del biznieto de D. Gil, que viene á buscar otro Juan que pague con su descendencia á mí y á los míos otras cien veces el valor de las tierras de mis antepasados.

El cuervo se alejó, y dijo graznando:

— Soy más feliz que los Juanes porque puedo posarme libremente en la rama que se me antoja. Soy más noble que los Giles, porque no arranco los ojos de los hombres hasta que están ya muertos.

F. Pi y Arsuaga

Conviene saber que hay Juanes que trabajan y Giles que cobran, porque el Código civil concede al propietario el derecho de gozar y disponer de la superficie de la tierra, de lo que está debajo de ella, de lo que produce ó se le une é incorpora natural y artificialmente, suponiendo que todas las obras, siembras y plantaciones son hechas por él; mientras los no propietarios, sujetos á la esclavitud ó á la servidumbre en tiempos pasados y á la accesión en el día, trabajan por un salario para la producción, recolección y conservación de los productos para el propietario.

Esta iniquidad legal antiquísima, piedra angular de la sociedad presente, que subsiste lo mismo en monarquías absolutas que en repúblicas democráticas, hace esos Juanes y esos Giles, que no son hombres, sino esclavos y amos, plebeyos y patricios en la Antigüedad; siervos y señores en la Edad Media; proletarios y capitalistas, trabajadores y holgazanes en la Edad Moderna; desheredados y privilegiados siempre, aunque con repugnante hipocresía religiosa y política se llamen hermanos y conciudadanos. — *(Nota editorial).*

"Solidaridad obrera" debe ser leído por todos los obreros

Matrimonios

Estaban frente á frente, recostados en sendas butacas, al pie del balcón medio entornado.

Caía la tarde con serenidad augusta. La habitación iba llenándose de sombras, y el silencio de los dos cónyuges se hacía más hostil á medida que las sombras avanzaban.

Imponíase una explicación.

— ¿De manera, — dijo él, — que yo soy uno de tantos?

Ella calló.

— Contesta.

Ella permaneció callada, con el mismo silencio inquietante de las sombras que la envolvían.

De pronto se irguió en un arranque de soberbia.

— Sí...

Recorrió la habitación, pisoteando el suelo, como si quisiera aplastar algo contra él.

— Sí... — volvió á decir. — Eres uno de tantos. Nada más que uno de tantos.

Y cerrando el balcón tornó á sentarse en la butaca, serena, decidida, como aguardando la respuesta del esposo.

— Pero... tú estás loca, hija mía, irremisiblemente loca, — exclamó él.

Ella soltó una carcajada y cambió de postura. En la sombra el marido sólo veía la fosforescencia de sus ojos, aquella extraña fosforescencia que le hacía temblar.

Así estuvieron un rato, esperando ella, esperando también él.

Por fin, él se decidió; arrastró su butaca hasta unirla á la de su esposa; agarró á ésta por las muñecas, y exclamó:

— Yo soy tu marido, ¿sabes? Tu marido.

Ella volvió á reirse, con risa nerviosa que explotó en el silencio como una protesta.

— ¿Y qué?

La indignación del hombre llegó á su grado máximo.

— ¿Y qué? Que yo soy tu amo; entiéndelo bien, ¡tu amo! Que tú eres mía, sólo mía, y que no puedes entregarte á otro. Lo que vienes haciendo desde que nos casamos te cubriría la cara de vergüenza si fueras una mujer honrada.

Ella respondió tranquila:

— No lo soy.

— ¿No lo eres?

— No lo soy.

Y luego, con ira, repuso:

— Tú tienes la culpa.

Se levantó, sentándose inmediatamente.

Estaba furiosa como una gata encerrada.

— Tú tienes la culpa. Yo no te quería á ti. Quería á otro que no era rico, y creo que si fuera rico no lo querría tanto. Lo quería tal como era, pobre y defectuoso. Tal vez lo quería por defectuoso y por pobre,

que el amor se siente y no se razona. Mi cuerpo y mi alma le hubiera dado al comprender que esto pudiera alegrar un solo instante de su vida. Mi cuerpo, limpio de todo amor carnal. Mi alma, que ningún deseo había maculado.

Tú me compraste, halagando, con tus riquezas, el egoísmo de los que mandaban en mí. Nos casamos. La primera noche gocé contigo la satisfacción de todos mis anhelos. Pero yo no te veía á ti en aquellos instantes. Lo veía á él. Su recuerdo era lo que espiritualizaba el placer carnal que yo sentía, impidiéndome desfallecer de náuseas entre tus brazos. Después...

Él acercó sus labios á los labios de ella, como si quisiera absorber sus palabras antes que las pronunciase.

—¿Después...?

—Después me diste asco, amigo mío, igual que antes, igual que ahora...

—¡Infame! —gritó él.

—Es inútil que grites. No me harán efecto las injurias que me puedas dirigir. Además, el momento no es á propósito para declamaciones teatrales. Y luego, ¡te pones tan ridículo cuando te irritas!... Tu indignación es altamente cómica, amigo mío; es una indignación como la del asno apaleado.

Él se apretaba los puños, iracundo.

Ella siguió:

—Me diste asco, y sentí vergüenza de mi debilidad. Ya que no podía unirme con mi hombre, entreguéme á todos los hombres que tuve á mi lado. Así conseguí dignificarme en cierto modo ante mí misma. El gozar libremente, aunque no fuese gozar verdadero amor, indemnizábame del gozar obligado contigo que se me había impuesto. He ahí la clave del enigma. ¿Te satisface?

El levantó un puño amenazante. En seguida se dejó caer sobre la butaca, oprimiendo la cabeza entre las manos.

—¡Mi nombre! —sollozaba. —¡Mi nombre manchado así, por una mujer indigna!...

—¿Tu nombre? Pobre nombre el tuyo, cuya limpieza depende de mí. Todos sois iguales. Cifráis vuestra honradez en la honradez de vuestras mujeres. Bien se conoce que la honradez es una palabra huera, hecha por vosotros á vuestro antojo.

Callaron.

De la calle subían murmullos alegres, que hacían pensar en una humanidad feliz. Y el murmullo de felicidad que emergía de la calle indignaba á aquel pobre hombre, incapaz de sentir más placer que el suyo.

Con voz ronca, murmuró de improviso:

—¡Pobre de mí!

Ella sonrió.

—¡Pobre de ti! Has bebido el placer en todas las copas. Te has ido con todas las mujeres que te han gustado. Y me reprochas á mí por haber hecho lo mismo con los hombres que más me placieron. Si no fueras un imbécil, te diría que eres un canalla.

Sonó el timbre de la habitación. Abrióse la puerta y apareció un lacayo:

—¡Señoritos!... El señor Fernández.

—¡Ah! ¿Está ahí Fernández? Que pase, —dijo el marido.

Y encendió la luz.

—Conque solitos ¿eh? ¡Pero qué deliciosa la vida de ustedes! —dijo Fernández cuando hubo entrado.

—No muy opulenta; pero por lo menos, no somos como esos matrimonios que se tiran á todas horas los trastos á la cabeza.

—Lo mismo digo yo, —replicó Fernández, un burgués de redondeado abdomen.

Y, para sus adentros:

—Si éstos supieran...

JULIO CAMBA

EL CHIQUILLO DIESTRO

Viajaban un día tres frailes, y al llegar á un sitio en que el camino se dividía en dos ó tres sendas no sabían cuál seguir.

Acertó á salirles al encuentro un chiquillo, y uno de los frailes le preguntó:

—¡Eh, rapazuelo! ¿Á dónde va ese camino?

Picado el chico porque no le hablaron con mejor modo, contestó:

—Este camino no va ni viene; se está quedo.

El fraile quedó al punto desconcertado, y uno de sus compañeros dijo á su vez:

—He aquí un pilluelo que sabe mucho. ¿Cómo te llamas?

—Yo no me llamo nunca; los otros son los que me llaman.

Enfadóse el tercer fraile al ver el desparpajo con que les faltaba al respeto, y dijo:

—¿Sabes tú qué les hacen en esta tierra á los bribones?

—Sí, señor.

—¿Qué les hacen?

—Los meten á frailes, —contestó el chico.

Y desapareció.

Páginas escogidas

El hombre se ha preocupado de mejorar sus flores, sus hortalizas y sus animales, y en cambio no ha pensado en mejorarse á sí mismo. Esto, que es un absurdo, tiene su explicación, y es que el hombre, en la civilización actual, no puede adaptarse á las condiciones naturales de la vida, porque está sometido á las condiciones económicas, y éstas son incompatibles con aquéllas. No hay clase social, desde la más pobre hasta la más rica, que se preocupe del mejoramiento de la especie. ¡Triste condición la del hombre, que

habiendo logrado seleccionar las patatas, los terneros, perros, y caballos, no puede perfeccionar su propia prole! De los infelices niños que nacen monstruosos, los directamente responsables son los padres, é indirectamente la sociedad tal como está constituída. Es triste decirlo; pero lo es mucho más que así suceda.

Todas las enfermedades, tanto infecciosas como constitucionales, no debieran existir, y, sin embargo, las víctimas se cuentan por millares. El cáncer, la tuberculósis y el tifus son enfermedades terribles para las que no se proponen más que paliativos que de nada sirven; es la hoja de parra para tranquilizar la conciencia pública. ¿Acaso puede desconocerse hoy que las malas condiciones económicas é higiénicas son las que traen consigo la miseria fisiológica, y que ésta es la principal causa del desarrollo y propagación del bacilo de la tuberculosis? ¿Qué hacen entonces las Academias y todos esos Congresos de Medicina é Higiene, que se multiplican con tanta facilidad? ¿Por qué no denuncian y ejercen su acción hasta imponerse? Porque hay que convenir en una cosa, y es que, desde el momento en que las ciencias médicas señalan cuáles son las causas que originan el mal y enseñan los recursos para evitarlo, no hay excusa de ninguna clase, ni siquiera el pretexto de las condiciones económicas que justifique tan punible desidia. La vida y la salud de los ciudadanos es riqueza, y el dinero que se emplea en disminuir la mortalidad es un dinero remunerador con creces, pues la salud aumenta el bienestar y la prosperidad material del país; la cantinela de la cuestión económica es el disfraz de la ignorancia ó la apatía, y la primera constituye un verdadero crimen de lesa Humanidad.

ENRIQUE LLURIA

Obreros: leed todos "Solidaridad Obrera"

De la bondad y sabiduría de Dios

Si tal ser existiese, amaría perfectamente el bien, la paz, la justicia, la virtud, el buen orden en todo, y en todas partes protegería á los buenos, los justos y los inocentes; por el contrario odiaría infinitamente el mal, todos los vicios, todas las injusticias y todas las maldades, y en todas partes castigaría á los malos; porque, siendo todopoderoso, como se le supone, procuraría el verdadero bien, y en todo lugar y tiempo establecería y mantendría el buen orden, toda vez que lo propio de la bondad y de la sabiduría es hacer todo el bien posible é impedir todo el mal que pudiera hacerse; como es lo natural de una luz infinita que esparza su claridad sin límites y disipe todas las tinieblas; como un calor infinito ha de extenderse hasta desvanecer toda frialdad. Porque así como la luz es incompatible con las tinieblas, y el calor es incompatible con la frialdad, con mayor razón una bondad y una sabiduría infinitas han de ser incompatibles con todos los males, vicios, maldades y desarreglos, y no puede haber ningún mal, ningún vicio ni maldad alguna en el mundo bajo el poder de un ser omnisciente y todopoderoso.

Ahora bien; es evidente que el mundo está casi todo lleno de males y de miserias, que los hombres están llenos de vicios, errores y maldades, que su gobierno está lleno de injusticia y de tiranía, que los pobres se hallan en todas partes en la escasez y en los sufrimentos, sin apoyo y sin consuelo.

Por otra parte vense los malos, los impíos y los más indignos de vivir, gozar en la prosperidad y en la alegría, en los honores y en la abundancia de toda clase de bienes.

Pues eso es una prueba cierta y evidente de que no hay ser infinitamente bueno é infinitamente sabio que sea capaz de impedir todos esos males, ni siquiera remediarlos; por consiguiente, no hay tal ser todopoderoso, infinitamente bueno ni infinitamente sabio.

MESLIER

GRITOS POPULARES

Se oye el choque del yunque y el martillo
y el silbar de veloz locomotora,
y el arado cincela una plegaria
en la tierra fecunda y generosa.
Se contempla el palacio solariego,
se divisa en el campo humilde choza;
arriba se perciben los perfumes
de arábigas esencias muy costosas,
y abajo se respiran las olores
que la salud del productor traicionan.
Bajo el peso aplastante del progreso
el señorial castillo se desploma,
sirviendo de mortaja á su cadáver
el humo que las fábricas arrojan.
¡Execración á los pasados siglos,
que, como dice con rubor la Historia,
la ingente mole del feudal palacio,
conciencias aplastaba, vidas y honras,
porque el señor y dueño disponía
á su antojo de bienes y personas!
Ya va acabando el tiempo de ignominia,
pues se vislumbra fulgurante aurora
entre celestes flecos de oro y grana,
y pronto el sol de la Justicia asoma,
el sol que ahuyentará las mil infamias
que á cabo se llevaron entre sombras.
La amable libertad, la paz augusta,
con la pureza de intención, ahora,
prodigarán las ciencias y las artes
que tanto bienestar nos proporcionan.
¡Oh, grato amanecer!, feliz crepúsculo
en cuya frente ciñes la aureola
de la virtud que eleva á los humanos
á regiones tan bellas y remotas,
que otro tiempo creyérase imposible
que pudiera llegar la santa hora
de la esperada redención del pobre
que poco á poco sus derechos logra...
¡Viva la libertad del pueblo honrado
que defiende los fueros de la lógica!

R. DE CASTILLA MORENO

Papel recibido

Tierra Libre, fantasía comunista, por J. Grave; versión española por A. Lorenzo. — Es un libro de lectura escrito expresamente para la Escuela Moderna

1.º De conformidad á lo solicitado por la Junta de la Asociación de Dependientes del Comercio y de la Industria, ordenar á todos los dueños industriales y comerciantes de esta ciudad que se sirvan observar estrictamente en sus establecimientos las disposiciones vigentes de la ley del descanso dominical;

2.º Encargar al señor ingeniero municipal que, después de oir el parecer del vocal-médico señor Vilarrubias, se sirva indicar un aparato para renovar el aire en los establecimientos industriales que por su índole de trabajo han de mantenerse á una elevada temperatura, sobre todo en los dedicados á la hilatura de estambre y algodón;

3.º Proceder, por cuenta de la Junta de Reformas sociales, á la construcción de una tapa aplicable á las *emborradoras* de la hilatura de lana, y á las dedicadas á la trituración de trapos, para que sirva de modelo á los señores fabricantes, al objeto de evitar en lo posible los frecuentes accidentes del trabajo; y

4.º Que pase por los trámites legales una instancia de la viuda é hijos del infortunado guarda consumos Francisco Coret, al objeto de poder informar con rectitud y justicia.

***

Como se ve en la precedente nota, la Junta local de Reformas sociales ha tomado acuerdos muy dignos de tenerse en cuenta, no tan sólo por la índole de los mismos, sino también porque en algo pueden favorecer á los obreros que más de cerca les afectan las aludidas mejoras en el trabajo.

Celebraremos que éstas no caigan en saco roto.

***

Y ya que la mencionada Junta trata de hacer cumplir en todas sus partes la tan burlada ley del descanso dominical, bueno será que le indiquemos algo urgente con que poder empezar de momento su propuesta labor.

Es el caso que en la fábrica de harinas que en esta ciudad posee D. Juan Vilaplana se falta descaradamente á dicha ley, y es de verdadera necesidad el imponer á dicho señor el consiguiente correctivo, ya que repetidamente por lo mismo hemos tenido que ocuparnos de él en estas columnas. Y al que reincide, creemos que urge más, mucho más, el correctivo.

Conque lo dicho, señores; veremos cómo quedan estos tan importantes asuntos.

***

Debido al suelto publicado en nuestro último número referente á la suspensión de EL TRABAJO, *Tierra y Libertad* se lamenta y considera que es un toque de retirada, fundando su sospecha en lo que pasa á todas las publicaciones de esta índole.

En el artículo «Á los lectores», que insertamos en estas columnas, podrá ver el querido colega el motivo de dicho suelto, y nos congratulamos en añadir que EL TRABAJO tiene la vida asegurada mientras la Federación de esta localidad continúe como hasta aquí; lo que desearíamos á la demás prensa que de los explotados se preocupa.

***

Como sea que el domingo último se presentaron dos sujetos, por cierto muy *vivos*, en nombre de los huelguistas de Premiá, para postular en algunas Sociedades de las que recorren dichos huelguistas, advertimos no se dejen sorprender en su buena fe las Sociedades que tan dignamente contribuyen al sostenimiento de aquella huelga.

La Comisión que postula para dicho fin, la acompaña una representación de esta Federación, y va bien documentada. Sirva el aviso.

Papel recibido

Hemos recibido los tres números que van publicados de la Revista pedagógica *Cultura*, que mensualmente edita la Dirección de la Escuela Integral, que tan acertadamente funciona en esta localidad.

La publicación de dicha Revista contribuye al buen éxito de la Escuela mentada. Le deseamos muchos años de vida y con más éxito cada día.

— También ha visitado esta Redacción *El Comercio Universal*, que se publica semanalmente en Barcelona.

Gustosos establecemos el cambio.

— Se han recibido los cuadernos 19 y 20 de la *Geografía General de Cataluña*, que con tanto acierto dirige D. Francisco Carreras y Candi.

El cuaderno 19 contiene el mapa geológico de Cataluña, precioso trabajo tirado á varias tintas. En él termina su estudio de la Geografía Física de Cataluña, D. Luis Mariano Vidal.

Con el cuaderno 20 se reparte un plano demostrativo del retroceso de las aguas en Barcelona, desde el siglo VII hasta nuestros días, trabajo del director de dicha publicación, y el que pone de manifiesto el cariño del Sr. Carreras al estudio de todo lo que se refiere á la perla del Mediterráneo.

Las páginas del propio cuaderno son de la ciudad de Barcelona, tratando en ellas de la dominación visigoda, ilustrándolas con hermosos grabados de objetos arqueológicos de la propia época.

Según nos manifiesta el editor de esta publicación, Sr. Martín, á la larga lista de firmas que figuran ya en esta hermosa obra, hay que agregar la de D. Federico Rahola, quien se ha encargado de escribir la parte correspondiente á la Industria y Comercio de Cataluña, que ha de figurar en dicha publicación. Asimismo el Rdo. Sr. Font y Sagué, está terminando la sección de Espeleología, que verá la luz en uno de los próximos cuadernos.

Sdad. Anón. «La Neotipia», Paseo de Gracia, 77, int.—Barcelona